

Recuento

Ayotzinapa, punto de inflexión y reflexión

Jesús René Luna Hernández*

Los eventos ocurridos en Ayotzinapa mantienen al país en vilo. Desde octubre de 1968 no se había materializado una crisis tan grave entre la población y el gobierno, generando un clima de alta latencia de estallido social. La Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos fue fundada en 1926 en Ayotzinapa, pequeña población del estado de Guerrero, cuyo nombre significa, en náhuatl, “río de calabacitas”. Localizada en las cercanías de la ciudad de Chilpancingo, lugar donde José María Morelos y Pavón redactó los *Sentimientos de la Nación*, la Normal de Ayotzinapa ha sido cuna de maestros y líderes comunitarios altamente comprometidos con las comunidades rurales.

La noche del 26 de septiembre de este año ocurrió lo impensable para muchos, pero lo que otros ya veían venir con base en eventos previos. Las relaciones entre el gobierno y la Normal han sido conflictivas a decir lo menos. Varios estudiantes ya habían sido asesinados por fuerzas del orden público en altercados de años recientes.

En medio de la oscuridad, la expresión más burda, insensible y despiadada de la fuerza del gobierno recayó sobre sus ciudadanos mediante la desaparición forzada de cuarenta y tres jóvenes normalistas que fueron violentamente levantados. Las razones de ello nunca han sido completamente esclarecidas, así como tampoco se ha explicado abiertamente quienes llevaron a cabo las capturas y la supuesta entrega de los jóvenes al grupo criminal Guerreros Unidos. Hasta ahora, el papel del gobierno ha sido el de culpar al presidente municipal de Iguala y a su esposa de orquestar el ataque a los normalistas por el hecho de que ellos se encontraban boteando para solventar un viaje a la ciudad de México y participar en las celebraciones del 2 de octubre.

El clamor de un país entero —y de muchas personas en el extranjero— exige el esclarecimiento de este acto de injusticia al que la gran mayoría de la opinión pública denomina como crimen de Estado. El país navega por aguas turbulentas.

Hasta hoy, un mes y medio después, no se sabe, de manera oficial, ni dónde están ni que ha ocurrido con

los jóvenes estudiantes, aun y cuando el Procurador General de la República, Murillo Karam, reportara en un informe ante los medios de comunicación que, con base en mera evidencia testimonial, el misterio del paradero y suerte de los estudiantes normalistas había sido resuelto. Inmediatamente después de la presentación de este reporte las inconformidades no se hicieron esperar. Los primeros en hacer notar al Procurador, al Presidente y a toda la estructura gubernamental su incredulidad y disgusto han sido los padres de los normalistas desaparecidos, expresando con mortificación el hecho de que se les ha tratado como si hubiesen ido a pedir un favor, en lugar de justicia y de explicaciones convincentes. Así mismo, la reacción de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos ha sido catalogada como tibia ante la gravedad de los hechos criminales, tanto por los padres de los normalistas como por amplios sectores de la sociedad. Desde un punto de vista más humanista y clínico, las declaraciones del representante de la PGR son bastante irresponsables, rayando incluso en un atentado de daño psicológico social.

Ayotzinapa hoy significa el punto de quiebre para una sociedad que cada vez cree menos en la sinceridad de su gobierno, en la protección de sus sistemas de seguridad, tanto policiaca como militar, y en la efectividad de la promulgación de leyes y estatutos que sirven mucho al que más tiene y de nada al desposeído. La crisis de Ayotzinapa nos muestra el abandono estructural en el que los gobiernos neoliberales de los últimos 25 o 30 años han tenido a la educación rural, y a la educación pública en general. Abandono que no puede ya ser maquillado ni ocultado de la mirada de todos.

Ayotzinapa personifica el uso reiterativo de la violencia como medio de control, utilizada desde tiempos de la conquista y la colonia para rebajar la moral de los conquistados cuando éstos trataban de sublevarse, haciéndoles desistir de ello masacrando frente a la comunidad a sus líderes, escarmentándoles así, haciéndolos desistir de su lucha por la libertad. Sin embargo, en estos tiempos de redes sociales y de *hashtags*, de interacción acelerada por mensajes electrónicos interactivos y por el intercambio

(Continúa en p. 51)



Manolita se retiró por completo de los escenarios y se dedicó, junto a su marido Chen Tse-Ping, a vivir como cualquier persona normal hasta el fallecimiento de éste en 1997 a la edad de 94 años. En la actualidad, Manolita permanece en una residencia para mayores en Sevilla, conservando todo el arte que paseó por los escenarios y que tanto cautivaba a su público. Además, ha sido objeto de un voluminoso estudio: *El circo chino de Manolita Chen*, editorial Círculo Rojo (2012) —de quien escribe estas líneas—, en el que desvela toda la auténtica y verdadera historia no sólo de Manolita, sino del mítico teatro ambulante creado por su marido.

*Profesor de la Universidad de Granada; investigador especialista en el tema del teatro de revista en España.

Fecha de recepción: 2012-10-22

Fecha de aceptación: 2012-11-12

(Viene de p. 30)

de memes —que de manera bastante posmoderna nos comunican más con una imagen y una línea de texto que con un ensayo— hacen que dichas técnicas de control ya no detengan a la multitud.

Es así que podemos decir que con Ayotzina-pa ésta no es una época de cambios, sino un cambio de épocas. La era de la decrepitud de la clase política en México puede estar llegando a su fin. Nuestra democracia, incipiente y maltrecha, no representa nuestros intereses, es una democracia representativa, pero sólo para unos cuantos. Los maestros de las normales rurales, por la propia naturaleza de su capacitación y de los objetivos que con ella buscan, son quienes se enfrentan a los ostentadores del poder violento en las zonas rurales, siendo catalogados por las secciones conservadoras de la sociedad como revoltosos, comunistas, opositores, inconformes. Por el contrario, para muchas comunidades rezagadas son quienes les atienden y apoyan de manera desinteresada en muchas de las dificultades que sufren de manera crónica y cotidiana.

El país no puede, no debe dividirse ante hechos como éste. Para algunos la versión oficialista es la correcta, para otros es un asunto que se ve ajeno y lejano, y aun para otros es una cuestión de clase, ideología y raza. Hubo, en los altos mandos del gobierno, quien puso de antemano la estabilidad macroeconómica del país antes que la salud moral de la nación. Ayotzina-pa puede ser la oportunidad de recuperar el país, un despertar del reclamo de justicia por los miles de muertos por la violencia, la corrupción, la ineptitud y la impunidad. Justicia para las mujeres desaparecidas y muertas en Ciudad Juárez y en el Estado de México, para los jóvenes de Villas de Salvárcar, para los maestros asesinados de la UACJ. La coyuntura surgida de esta crisis sociopolítica es la gran oportunidad para reflexionar sobre las situaciones de exclusión y marginación que nos han dañado, corroído como nación por ya demasiado tiempo. Es ahora cuando se debe tomar una postura moral, de saber qué es lo correcto. No es tiempo de estar callados.

*Docente de la UACJ.